

## La casa de la fantasía

Manuel Campa

Los centenarios de las grandes figuras históricas permiten su revisión desde nuevos puntos de vista. Las celebraciones, al cumplirse un siglo del nacimiento de Casona, incluyeron un importante congreso en Oviedo, exposiciones, conferencias, actuaciones –como las de Jerónimo Granda– y, además, la puesta en escena de sus obras más significativas. La palma de las representaciones corresponde, sin duda, a *La dama del alba*, en Besullo, con la participación de los vecinos del pueblo natal del escritor. Uno de estos vecinos discrepa cada vez que lee que “el verdadero nombre de Alejandro Casona es Alejandro Rodríguez”. Si los biógrafos del gran escritor cangués se tomaran la molestia de prestar atención a las tradiciones culturales del occidente asturiano, sabrían que el nombre de la casa es aun más denotativo que los apellidos en aquella comarca. El componente asturiano de la obra dramática de Casona se subraya unánimemente en “*La dama del alba*”, pero mucho menos en otra comedia igualmente inspirada en su mundo natal de Besullo: “*La casa de los siete balcones*”. Ciertamente, el autor sitúa la acción en “una pequeña villa del norte español”, pero, con vino, nieblas y bolos, sólo puede tratarse de Cangas del Narcea. Además, hemos podido ver dos puestas en escena diferentes de esta obra: una, muy digna, del grupo de teatro del Centro Asturiano de Madrid y otra, magistral, de la compañía encabezada por María Fernanda D’Ocón. “*La casa de los siete balcones*” tiene aspectos más actuales, hoy, que cuando se produjo su estreno en 1957, en Buenos Aires. El respeto y aceptación de los diferentes, de los inadaptados, de Uriel, de Genoveva, es ahora una cuestión debatida por la opinión pública. ¿Cómo ayudar a las personas que pierden la razón, o que no son como los demás? Yo creo que el personaje de Genoveva –la solterona que espera eternamente una carta del novio que se marchó a América– es muy similar al de Ana Caborno, de la “*Historia Universal de Paniceiros*”, de Xuan Bello, y ambos se corresponden con un arquetipo femenino de la vida tradicional del occidente asturiano. Hoy, una chica con muchos novios puede llegar muy arriba de manera –no diré hasta dónde–, pero, antes, esto provocaba una gran condena social y, de vez en cuando, se daban personas que guardaban la ausencia para siempre, como la pobre Ana Caborno o la rica Genoveva. Casona nos cuenta la historia universal de Besullo, como, después, Xuan Bello nos contará la historia universal de Paniceiros, dos pueblos de la misma área de cultura tradicional y, por tanto, muy semejantes.

Genoveva sostiene que, “donde hay tanta niebla, todos los días de sol son domingos”. Esta propuesta, que sean festivos todos los días de sol, resulta un desatino para la mentalidad hispano-castellana tradicional, llena de realismo, pero implica una afirmación de la fantasía, que no repugna a los autores septentrionales, de los países de las nieblas, como Cunqueiro, como Valle, o como el mismo Casona, ni a los asturianos en general, dispuestos a subirnos a cualquier árbol. Probablemente, las críticas negativas, que a veces se han hecho, a la mezcla de realidad y fantasía en el teatro de Casona, respondan en buena parte al sesgo netamente realista de la tradición literaria española. Pero, a los asturianos nos gusta la propuesta de Genoveva, ya que nos pasamos el año quejándonos de que hace sol cuando tenemos que trabajar y de que suele llover los domingos. De hecho, ya estamos caminando en la dirección señalada por Genoveva: los pequeños pueblos asturianos ya han trasladado las romerías de los domingos a los sábados, con la clara intención de poder dormir más la mañana, y, en la Administración pública, se cambian de fecha las celebraciones para mayor solaz de los

ciudadanos. Todos los asturianos han tenido alguna vez el pensamiento de Genoveva, de adaptar los festivos a la meteorología, ¡quién sabe si algún día esto será posible!

Uriel, el adolescente que se niega a hablar porque se ríen de él, porque no se respeta su manera de ser, representa el gran alcance de las ideas pedagógicas de Casona. Cuando se ridiculiza al niño que ha hecho un poema o compuesto una canción, por parte de los padres, de los profesores, de los amigos o de los vecinos se está reprimiendo lo que hay de más imaginativo y creador: el sentido del ridículo puede hacer que abandone cualquier intento creador en el futuro. Conozco un aprendiz de músico al que los vecinos conminan a que abandone la trompeta ya que, al parecer, interrumpe las siestas y “espanta las pegas”. Uriel se siente más cerca de los muertos de la casa, del abuelo, de la madre y de Alicia, la amiga fallecida, que de los demasiado vivos que le rodean.

En “La casa de los siete balcones”, Casona describe al asturiano cabal: “Has sido un gran hombre. Has hecho tierra de siembra lo que era monte. Has criado nueve hijos sanos. Y en cincuenta leguas nadie ha jugado a los bolos como tú”.

El egoísmo de Amanda, el ama de llaves que acaba atrapando al amo, Ramón, y la rectitud de D. Germán, el médico, cierran esta comedia en tres actos, enraizada en la vida tradicional del occidente de Asturias, como su hermana mayor “La dama del alba.”